

6° Daños nerviosos.

Sobrecitan el sistema nervioso. La velocidad antinatural de la vida moderna altera gravemente el sistema nervioso, pues son demasiadas las actividades que los vehículos nos permiten realizar en el mismo día, y demasiadas las relaciones que los celulares nos permiten sostener a la vez. Si a esto le sumamos el zafandeo imaginativo y emocional de las películas, el resultado no es nada bueno. Y nos preguntamos por qué los chicos están tan acelerados y los adultos tan alterados.

7° Daños físicos.

Mencionemos por último los daños físicos que nos causan las películas, que agravan no poco todos los mencionados.

Afectan la motricidad. Mientras más interesante es una película, más fijos nos deja frente a la pantalla, sin poder apartar los ojos de ella. La peor exigencia que se le puede hacer a un sistema nervioso excitado es la inmovilidad, y las películas son tiempo de excitación intensa e inmovilidad casi absoluta. Podemos cambiar un poco la posición de pies y manos, pero las partes más móviles de nuestro cuerpo, cabeza y ojos, son las más paralizadas. ¿Quién no siente la necesidad de masajearse los globos oculares después de ver una película?

Afectan el sueño. La mayoría de las veces se ven películas antes de ir a dormir, porque es el único momento del día sin límite de horario. Y no sólo se reducen las horas de sueño, sino que se afecta muchísimo su calidad al haber excitado tanto la imaginación y emotividad. Y las consecuencias son pésimas para toda la vida diaria.

Afectan la digestión. También se ven películas cuando se come y después de comer, y los jugos hollywoodiales compiten con los procesos gástricos, lo que no es bueno.

Afectan los sentidos. El ejercicio de fijar la vista tanto tiempo en pantallas brillantes en medio de la oscuridad, con un sonido normalmente muy alto –porque lo pide el estilo de las películas–, hace mucho daño a los órganos de la vista y del oído.

Conclusión.

Hace unas décadas los sacerdotes luchábamos contra la televisión, y por un momento pensamos que le íbamos ganando, pues muchas de nuestras familias cortaban con su pésima programación y la sustituían por unos aparatos de DVD con películas seleccionadas. Pero luego las pantallas se multiplicaron por cien, achicadas de bolsillo y agrandadas de pared, y las películas, mil veces más atrapantes, se multiplicaron por un millón en el infinito universo de Internet. Y qué decir si le sumamos la reclusión de la pandemia. Satanás ha regresado con siete espíritus peores. Si queremos salvarnos, tenemos que hacer reformas de vida más decididas. Una sociedad cristiana salva a los mediocres, pero para salvarnos en la sociedad anticristiana en la que estamos, tenemos que tomarnos el trabajo de ser cristianos en serio.

¿Cuántas películas ves por semana?

Una película dura por lo menos hora y media, y una serie tres cuartos de hora en promedio. ¿Cuántas ves por semana? Muchos de nuestros fieles ven una película casi todos los días, pongamos cinco por semana; y no son pocos los que ven una o dos por día –porque es difícil ver el episodio de una serie y dejar de ver el siguiente–, por lo que suelen sumar fácilmente diez. A modo de comparación, un rosario bien rezado lleva un cuarto de hora, por lo que el rosario diario supone una inversión semanal de menos de dos horas. Parece, pues, que en nuestra feligresía contamos con verdaderos *cinéfilos* –aunque los cinéfilos en serio suman cuatro, cinco y más horas diarias de audio-visión–. ¿Qué tan bueno o malo puede ser esto? La *cinéfilia* –el hábito afectivo a la imagen en movimiento, a lo audiovisual– es un vicio que marca cada vez más profundamente al hombre de hoy. Hagamos un rápido recuento de los daños que produce, yendo de mayor a menor.

1° Daños espirituales.

Los bienes espirituales, los de nuestra vida cristiana de gracia, son por lejos los principales. Todo otro daño es daño en la medida en que repercute en éstos, porque no es daño sufrir en el bolsillo o en el cuerpo si con ello ganamos más cielo. Contemos los daños que las películas causan de modo directo a la vida espiritual.

Impiden la contemplación. No todos son carmelitas, es cierto, pero no puede haber vida cristiana sin contemplación, y las películas la extinguen. Primero porque le quitan el tiempo: no más rosario ni lectura espiritual. Y segundo porque exacerban la imaginación: no más meditación. A un religioso, o a quien quiera crecer en vida interior, una película a la semana ya lo satura de imágenes.

Atentan contra el deber de estado. ¡Cuántas cosas se dejan de hacer por continuar la película hasta el final!

Desfiguran el ideal de vida. El ideal cristiano se esconde en lo ordinario, en los pequeños servicios, en las ocultas paciencias y humillaciones, mientras que en las vidas de película todo es extraordinario. Y luego nos extrañamos de que a nuestros cinéfilos jóvenes les aburra la vida real.

2° Daños morales.

Son los que afectan la moralidad aun de los no cristianos. ¡Qué no hacen las muchas películas en este ámbito!

Despiertan la sensualidad y acaban con la pureza. La herida principal que el pecado original dejó en la naturaleza humana afecta a lo que hace a la pureza, y la vida moderna ataca lo que cuida del mejor modo la vida cristiana. La sensualidad es un ingrediente infaltable en la receta de cualquier película. Ni hablemos de las películas obscenas, cuyas escenas impactan con tanta fuerza. La tendencia de las películas «normales» es mostrar las cosas como son en la realidad, pero las cámaras entran donde nadie deja entrar las miradas en la vida real. Y hasta en la película de tal o cual santa te pasas una hora mirando una chica bonita, pues pareciera que la santidad no es para las feas.

Corrompen el ideal de la mujer. Las mujeres de película suelen ser seductoras por fuera y marimachos por dentro, frías hasta para matar, autónomas sin familia, dominantes de los varones. Lo femenino apenas se les da para salvar un niño como lo haría un policía. Y no deja de marcar la frecuentación de dichas heroínas.

Deforman la noción de virtud. Los héroes de película no creen más que en sí mismos; no tienen padre, madre ni familia; son jueces y verdugos de todos los malos que se les cruzan; no son humildes, ni justos, ni castos. Y te cae simpático el ladrón magnánimo.

Se pierde el horror al vicio y al pecado. Se convive varias horas al día con ateos y materialistas, con corruptos de todos los ámbitos, con mafiosos y mujeres de la calle. Ya todo se ha visto y todo se sabe. ¿Acaso todo esto no hace daño?

Se asumen los criterios mundanos. La mayoría de los guiones cinematográficos están animados por criterios y principios que responden al más craso humanismo anticristiano. Para filtrarlos habría que tener una muy buena formación cristiana y una actitud crítica que no se suele tener al mirar una película.

3° Daños sociales.

No podemos sostenernos sin los vínculos sociales de nuestro hogar y de nuestra parroquia. Pues bien, el cinéfilo tiende a volverse autista.

Fuga de la sociedad real. El gusto por las películas y el disgusto por lo social se retroalimentan. Las ganas de entrar en el ropero de Narnia me quitan las ganas de gastar mi tiempo en familia o en amistad, volviéndome antisocial y egoísta.

Nada soluciona ver en familia. Cuando nos reunimos a ver una película en familia o con amigos, pasa lo mismo que al ir al cine: no importa quién se sienta al lado, pues la película nos absorbe. ¿Y acaso nos queda tiempo luego para algo más?

4° Daños cognitivos.

Pasemos a los daños psicológicos, primero los relativos a lo intelectual y luego a lo afectivo. En este punto las películas son pésimo ejercicio.

Consumen el tiempo de lectura y estudio. Y no sólo el tiempo, sino también la necesaria tranquilidad interior, como dijimos para la contemplación.

No dejan lugar al proceso de abstracción. Nuestro espíritu debe elevarse de la experiencia sensible a sus aspectos universales por el proceso de abstracción. Y como es poco lo que experimentamos en nuestra propia vida, enriquece la experiencia de otras situaciones, por lo que importa tanto leer. Pero la velocidad de las películas no nos permite abstraer las convenientes lecciones. Si luego nos tomáramos el tiempo de reflexionar, podríamos aprovechar algo, pero si a una le sigue otra, nada bueno sacamos.

Hacen perder la capacidad de prestar atención. A diferencia del libro o de una charla, las películas atrapan la atención sin que hagamos ningún esfuerzo por dirigirla, y perdemos el hábito de prestar atención. Hoy las maestras tienen que vestirse de astronautas para lograr que los chicos las atiendan.

Desacoplan el trabajo de los cinco sentidos. El mundo real nos llega por los cinco sentidos, y aunque los más sutiles son la vista y el oído, los otros tres son los más realistas, pues no sé si el gato está vivo hasta que no siento su calor al tacto. Pero el mundo de las películas nos llega únicamente por vista y oído. Si a esto le sumamos que las comunicaciones sociales son cada vez más audiovisuales, el desacople de los sentidos de contacto va dando fuerza a los sofismas modernos de irrealidad. Estamos listos para entrar en la aséptica confinación de la pandemia.

Anulan la memoria. Los acontecimientos se graban en la memoria en la medida en que impresionan con cierta profundidad, pero el rapidísimo bombardeo de sucesos cinematográficos tiende a anular la memoria saturándola.

Se vuelve ridículo hablar de educación. Los daños cognitivos de las películas son tan reales e inmediatos, que no tiene sentido hablar de educación para los niños, ni pagar cuotas escolares, si no se limita el tiempo que pasan frente a las pantallas. Por desgracia, muchas de nuestras familias son incapaces de hacerlo, porque no saben qué hacer con los chicos cuando no están atados a los aparatos.

5° Daños afectivos.

No hay que desestimar la importancia de la afectividad para la vida espiritual y para la vida humana sin más. Las pasiones forman la armazón psico-fisiológica en que se apoyan los hábitos, y ¡cuánto la afectan las películas!

Provocan un desbarajuste emocional. Las pasiones, sentimientos o emociones provocan una complejísima serie de adaptaciones del organismo para enfrentar la situación que despierta la pasión. El deseo, el temor, la ira, la tristeza, inyectan diferentes secreciones, como la adrenalina, que despiertan o adormecen, aceleran o paralizan la actividad, según convenga. Pero en una película se despiertan, en muy breves lapsos, gran diversidad de emociones encontradas, pasando del afecto romántico al terror, provocando así una entremezcla de inyecciones para disposiciones contrarias, de las que ninguna se prolongará en la acción correspondiente. Y aunque no son emociones muy intensas por la falta de realidad de sus objetos y por el breve tiempo en que se despiertan, no dejan de constituir un barullo emocional que marca antinaturalmente la afectividad.

Se hacen fuertemente adictivas. El cóctel de jugos hormonales que nos brindan las películas es tanto o más adictivo que el alcohol o las drogas, pues viene conectado con la ingeniosidad de los argumentos cinematográficos. Y aunque las sustancias que segrega el cuerpo no son extrañas como las drogas, es antinatural la secuencia de estas descargas. Nuestro organismo es previsor: así como se segregan jugos gástricos cuando llega la hora de comer y se nos despiertan las ganas, así se desata el cóctel cinematográfico a la hora en que solemos ver películas y se nos despierta una extraña hambre de sentarnos frente a la pantalla.

Apagan la afectividad. El efecto final al que todo este desbarajuste emocional se encamina es la atenuación de la afectividad. Si te enamoras de dos personas distintas cada día, no tardas mucho en no enamorarte nunca verdaderamente de ninguna. Y si te acostumbras a sufrir la desaparición de la humanidad tres veces por semana, al rato ya no te compadeces de nada.